Breves

Quizás porque --en los últimos años-- la brutalidad con que se reprimió la manifestación política hizo palidecer las formas de autoritarismo que todos los días se ejercen en fábricas y sindicatos, escuelas y periódicos, hogares y barandillas, no hemos podido reflexionar sobre esa amplia base represiva que conforma a la sociedad mexicana.

Federico ^{Campbell} ~~Campbell~~ entrevista a José Carreño --se trata de dos periodistas nacidos en los 40as.-- sobre el nacimiento, auge y descomposición de un diario, lo que permite iniciar una exploración en torno a las relaciones de los trabajadores de la prensa con sus empresas y de éstas con los factores determinantes del poder.

Este trabajo es punto de partida de uno o más amplios y documentados que preparan entrevistado y entrevistador sobre el tema.

JOSE CARREÑO: UN SEXENIO EN EL (CUARTO) PODER

Por Federico Campbell

FC: ¿ Qué te enseñaron seis años ininterrumpidos dedicado al diarismo?

JC: Nada y mucho. Yo creo que todos estamos al fin y al cabo situados en posiciones frágiles, intrascendentes, en las que en calidad de piezas altamente reemplazables servimos a un sistema. - Aprender una habilidad no significa nada. De gentes con habilidad para hacer algo o para vivir sin hacer nada están llenas las oficinas burocráticas. En cambio, percatarnos, con base en nuestra experiencia, de que el sistema sólo requiere de esa nuestra tal o cual habilidad, y de que no sólo nuestras opiniones sino no nosotros mismos resultamos necesariamente prescindibles e intercambiables, eso sí nos enseña bastante. Es un buen punto de partida para pensar en nuestra condición y aceptarla o tratar de cambiarla.

FC: ¿ Entonces tú pensaste que entrar al diarismo desde la base, como reportero, redactor, jefe de la sección internacional de un periódico, te podía permitir ejercer una influencia?

JC: No quisiera fusilarme la prodigiosa observación de Mario Vargas Llosa en Conversación en la Catedral, que nos conduce a la idea de que el periodismo no es una vocación, sino una frustración, pero me resulta tan familiar el proceso de sus personajes con los que he entrado en contacto y con el que me ha tocado representar, que tendré que resumírtelo: En la escuela superior encuentras que el desencanto que te producen las diversas profesiones te va apartando de cualquier inclinación hacia todas ellas. Esta es la primera frustración. Tus inquietudes, tus aspiraciones, tus delirios quijotescos de la adolescencia, no tienen cabida en el mundo, y te vas marginando hasta que descubres que hay -

una actividad que aparentemente no te compromete con todo lo que rechazas, pero no tardas mucho en percatarte de que esa actividad (hablo ya del periodismo) en realidad te liga como en un tormento chino a todo lo que detestas. Tuviste la ilusión de que podrías erigirte en un espectador, pero muy pronto te das cuenta de que te transformaste en el servidor más importante de todo aquello que quisiste rechazar. Así, no eres ni el médico, ni el abogado, ni el político, ni el poeta, oficios que te parecieron rechazables, y en cambio eres el sistema de sonido, la caja de resonancia, el instrumento de todos ellos. Eres como una mecanógrafa, o una grabadora magnetofónica de todos ellos.

FC: ¿ Quieres decir que el oficio de periodista es insoportablemente pasivo?

JC: Peor que pasivo: si no existieran los periodistas tendrían menos efecto las actividades del mundo feliz. En cambio, la prensa es una gran alcahueta, una correveidile de los inspectores, de los protagonistas que lo usufructan.

PARA MUESTRA.....

FC: Yo recuerdo que hace algunos años tú^e estabas muy ilusionado con la aventura de un periódico como El Día, que al nacer en 1962 se presentaba con una alternativa interesante. Tú acabas de ser excluido, después de seis años en la página internacional, por aplastante mayoría de los miembros de la cooperativa de ese periódico, y tu caso personal (que en rigor sólo interesa a un tribunal obrero-patronal) no valdría la pena de darse a conocer sino tuviera un interés más amplio. A mí me parece que El Día, y tu relación con él, ilustra ejemplarmente el problema de la prensa nacional y su cuestionamiento, máxime que ejerciste el oficio justamente durante el sexenio presidencial 1964-1970.

JC: No deberíamos darnos tanta importancia. Es cierto que no sólo yo, sino muchas personas y algunos sectores (yo en aquel tiempo me encontraba dentro del estudiantil) nos regocijamos de que un periódico como El Día viniera a abrir una brecha en el aparato periodístico mexicano, caracterizado por una provinciana, torpe, asfixiante calidad anticomunista y engañosamente nacionalista. El Día jugó el papel del último reducto liberal-democrático del gobierno mexicano. Fue sin duda la patada de ahogado del sector pro-popular de la burguesía nacional. Yo me incorporé a ese intento hasta donde fue posible. La "acusación" para excluirme de la cooperativa interpreta bien mi caso personal, y la asamblea preparada con todos los procedimientos conocidos: presiones sobre los trabajadores, bajo amenazas tácitas o expresas, hace evidente hasta dónde llegó la descomposición en el seno del periódico. En efecto, desde que el ideal que le dio vida al periódico agotó sus posibilidades fulminantemente durante el movimiento de 1968, yo conservé con esa empresa una liga estrictamente laboral, además de que yo mismo me convertí en un impugnador abierto de la dirección de la empresa.

FC: Sí pero ¿cuál es el inconveniente de esa liga laboral: Es sabido que The New York Times, Le Monde, las agencias de prensa, celebran contratos con los periodistas para obtener información en calidad de mercancía...

JC: Pero en México es diferente. La dependencia de la prensa respecto a muchos poderes, pero fundamentalmente al gubernamental, impone que esa mercancía sea de muy determinada calidad y de muy limitados alcances. Esto, en general. En El Día, en particular, estas circunstancias llegan a extremos de caricatura. Si Excelsior se permite ciertas libertades en su información y verdaderas veleidades en su sección editoria, gracias a que puede equilibrar su

dependencia a la publicidad privada con la que le debe al gobierno. El Día carece del soporte de la primera y se encuentra sujeto a la segunda. Mientras el gobierno no fue sometido a pruebas tan drásticas como la de 1968, o como algunos prefieren, mientras hubo gobernantes que conservaron algún vestigio de liberalismo, El Día pudo proyectar posibilidades democráticas en sus páginas. Cuando el gobierno no soportó la prueba de 1968, o en el otro supuesto, cuando hubo gobernantes más rígidos, El Día se convirtió en el más implacable sancionador de la represión en todos los campos. El empleo de El Día, así, se encontró con que la situación de su empresa lo obligaba a convertirse en lo que se había transformado su periódico: en un agente del gobierno. Y es curioso, ahora que el gobierno se empeña en mejorar su imagen, deteriorada al máximo en los últimos años del sexenio anterior, El Día parece haberse quedado en el estilo diazordacista: las páginas editoriales se presentan como fuentes indispensables de la Procuraduría General. Es decir que como es fácil ver, no ha podido superar los tics represivos que le impuso el régimen anterior. Si antes se le obligó a "cabecear" la nota del bazucazo con aquella inolvidable frase: "La Intransigencia de un Grupo Sectario Provoca la Acción Enérgica del Gobierno", y la del 2 de octubre con la de "Criminal Provocación en el Mitin de Tlatelolco Causó Sangriento Zafarrancho", ahora, en los días que siguieron al 10 de junio, imprimió el titular aquel de que "Se desvanece la Existencia de los Halcones". Claro que el actual presidente todavía no había dicho lo contrario a los corresponsales.

EL OFICIO

FC: Pero volvamos al tema: ¿Entonces se exige algo más que la relación meramente laboral? ¿Se podría entender que se trata de una complicidad, de una anulación profesional y personal?

JC: Bueno, sí. Justamente de eso hablo en mi autodefensa ante la asamblea que me excluyó de ese periódico. En ese documento yo atribuyo, quizá injustamente, a las deformaciones personales de su director, Enrique Ramírez y Ramírez, el establecimiento de relaciones de complicidad juramentadas con sus subordinados. He llegado a comprender que no podía ser de otra manera. Nadie en pleno ejercicio de su dignidad humana, aquí incluyo razón y sensibilidad, puede conscientemente contratar su anulación individual a tales extremos, convenir de antemano en escribir sobre cosas que no existen y en ignorar cuestiones de abrumadora existencia, en prescindir de la mínima capacidad de evaluación crítica y aceptar los valores entendidos de la jerga burocrática.

FC: Esa es una acusación muy directa contra nuestro oficio...

JC: Sí, y puedo abundar: En general, el periodista viene a ser un subproducto de nuestra sociedad. Despojado de toda posibilidad de crítica, se sabe profesional de la farsa: el engaño sin máscara; está allí para que lo usen, le paguen y lo desprecien. Por otra parte, en gran medida, el oficio lo practican gentes destruidas en todos los campos y aceptan esa condición. Son los bohemios, los alcohólicos, los miserables, los profesionalmente improvisados. Hay una variante: los "triunfadores", los que se enriquecen con su actividad o por lo menos alcanzan niveles "decorosos" de vida; los que generalmente han encontrado en el periodismo una "posición" y que algunos provienen del lumpen, y, con el carnet de periodistas, se disponen a llegar, pero siempre a cambio de aceptar una degradación de origen. No son como el contador o el abogado o el comerciante que congruentemente ganan dinero, compran casas o automóviles; el periodista en la mayoría de los casos hizo dinero a partir de su adecuación a una mala conciencia que lo acompañará siempre; tiene su casa, su auto o cualquier otro bien porque se los regaló el político o el industrial tal a cambio de tal.

FC: Lo cual no quiere decir que no haya excepciones... ~~Was/Cháy~~

JC: Sí, que confirman la regla. Pero en general se han habituado a una forma de mendicidad, a una dependencia buscada como condición de sobrevivencia. Eso se aplica a todos los niveles. La existencia misma de algunos periódicos se inscribe dentro de esta mecánica: suelen ser regalos de políticos a algún amigo en decadencia. El periodista lleva una vida parasitaria, simbiótica; todos lo desprecian pero al mismo tiempo todos lo buscan.

FC: ¿Y tú en cuál grupo de periodistas te inscribes?

JC: Ya te dije que pertenezco a esa especie de inadaptados que rechazan su carrera profesional, sólo para caer en una trampa. Una vez allí, tuve la gran atracción de inscribirme en el grupo de los alcohólicos, pero finalmente me faltó valor, y volví a mi carrera. Pienso en aquel personaje ^(alcohólico) de Conversación en la Catedral cuando dice al joven Santiago que no se desespere por no poder escribir conforme a sus ideales y que haga como él, que cuando se percató de esa impotencia se dedicó a escribir lo más sucio y lo más abyecto posible para al menos así provocar la rabia y el vómito de algún joven lector.

FC: ¿ De qué te acusó un periódico tan pretenciosamente revolucionario como El Día?

JC: Pues de no estar de acuerdo con el aval que el director le dio a la actitud del gobierno durante los sucesos que culminaron en la matanza de Tlatelolco; de dar en la sección internacional a mi cargo lo que él llamó demasiado despliegue a los movimientos revolucionarios y a las noticias procedentes de los países socialistas; de respaldar la postura del jefe de la plana cultural, Arturo Cantón cuando se opuso a concebir el quehacer intelectual de México en los términos de "nuestras sagradas instituciones"; de apoyar a trabajadores de la empresa atropellados en sus derechos por una administración interna ineficiente y cuentachiles.

FC: ¿ Y los trabajadores votaron en tu contra?

JC: Sí; los trabajadores manuales, bajo la amenaza de perder el empleo, y los reporteros, bajo la de perder sus fuentes de información... y de ingresos.

LA ILEGITIMIDAD

FC: ¿ Pero se trata propiamente de una cooperativa o de una empresa tradicional? Porque parece ser que la mayoría de las empresas de corte capitalista, incluso las norteamericanas, en México, satisfacen los derechos mínimos del trabajador establecidos por las leyes del país. La ficción de una "cooperativa", como la de este periódico, que en sus páginas editoriales defiende la nueva Ley Federal del Trabajo ¿ no vendría a eludir esa ley?

JC: Curiosamente, la ilegitimidad del contenido de las páginas de El Día corresponde con asombrosa fidelidad a lo que sucede en el régimen interno de la empresa. Si los titulares del periódico frecuentemente destacan que gracias a la Revolución Mexicana el país constituye el mejor de los mundos, la situación de los trabajadores que hacen posible que un periódico con tales titulares salga a la calle, se asemeja a la de los obreros del maquinismo del siglo XIX: jornadas extenuantes (dos o tres "turnos" pagados como si fueran jornadas normales desempeñadas por diferentes personas, es decir, sin el aumento correspondiente a las horas extras), salarios bajos, inseguridad en el empleo, porque la ley del trabajo se elude con la ilusión de que el obrero es un "socio" de la "empresa cooperativa", que puede ser excluido por una asamblea manipulada por la administración; condiciones de trabajo antihigiéncias y, sobre todas las cosas, una administración rígidamente jerarquizada o en el mejor de los casos mediatizada con procedimientos basados en la más grosera degradación y corrupción. Y todo esto bajo el manto formal o legal de una sociedad cooperativa, impensable en condic:

nes en que el trabajador ignora bajo qué condiciones está "asociado", mejor diríamos, condenado, a una empresa que explota la ignorancia, en el caso de los trabajadores manuales, y la abyección en el caso de los reporteros que tienen que completar su presupuesto en las oficinas de prensa del gobierno y de la iniciativa privada. Y esto último vale, claro, para la generalidad del periodismo capitalino.

FC: Pero entiendo que El Día es un periódico muy pobre. No se le podría pedir otra cosa.

JC: Aquí estamos frente a otro problema. El Director responde sistemáticamente a toda muestra de inconformismo con esta situación, diciendo que el periódico se fundó y sigue funcionando gracias a que él tenía y tiene amigos que le dieron y le siguen dando dinero para publicar el diario. Dice que sus convicciones le impidieron en un principio fundar una empresa de corte capitalista y que por ello se decidió a organizar una cooperativa, de la que viviera un número determinado de familias. Ante mi caso, el "consejo de administración", que obedece órdenes ciegas de Ramírez, dictaminó que mi actitud ponía en peligro esa fuente de trabajo y de subsistencia de esas familias. En mi autodefensa, aparte de justificar legalmente que no existe en la práctica tal cooperativa (es decir, aparte de comprobar técnica y jurídicamente su inexistencia) y demostrar que los trabajadores prestan sus servicios por debajo del mínimo de derechos y prestaciones establecidas en la Ley Federal del Trabajo, sostuve que los amigos del señor Ramírez le daban ese dinero, (esas donaciones), por que tiene a 200 trabajadores detrás de él confeccionando un periódico conforme a los intereses de sus amigos y que era necesario preservar también los intereses de los trabajadores, ya sea conforme a la Ley General de Cooperativas o a la Ley Federal del Trabajo. Es decir, si como tú dices, el periódico es pobre, esquizás porque los amigos del señor Ramírez, que evidentemente no son pobres, no saben bajo qué condiciones se trabaja en la empre-

sa porque de otra manera seguramente aportarían algo más de dinero si es que la empresa les sigue produciendo dividendos.

TORQUEMADA Y TORQUEMADA

FC: ¿ No se te acusó también de traer consignas extrañas al periódico con epítetos que envidiaría Foster Dulles?

JC: Sí, así les habló Enrique Ramírez y Ramírez a los trabajadores. Aún en la asamblea memorable del 13 de noviembre pasado, sostuve, en mi defensa, que era muy poco original encostalar a quienes protestan contra cualquier cosa, entre los infiltrados de la CIA, de Cuba, de los Panteras Negras, de los estudiantes, de Pekín, Moscú o Roma, o del Poder Chicano, e hice ver que el único que evidentemente llevaba al periódico consignas de fuera, es decir de su conocido grupo político, era Enrique Ramírez Et cétera. Y no sólo las consignas (que dictan machaconamente ~~in~~ ^{en} los editoriales), sino, como lo hice ver en la asamblea, sus muy conocidos procedimientos. No casualmente en estos días anda circulando un cuestionario inquisitorial y policiaco, por medio del cual el director de El Día pregunta a los redactores qué viajes han hecho al extranjero y con qué ^{de} objeto, qué religión o filiación política tienen, a qué organizaciones sociales y políticas pertenecen o han pertenecido, qué lugares de residencia han tenido, que lecturas hacen, si han tomado parte en conferencias, seminarios, convenciones (de qué carácter y en representación de quién), etcétera, en una época en que ni siquiera Nixon se atreve a resucitar el macarthismo.

FC: Oye, y cambiando de tema, ¿Por qué El Día desde hace meses ataca en sus titulares de primera plana a Excélsior?

JC: No es exacto lo que sostienes en tu pregunta. El Día, desde el primer número, lanzó en sus titulares un ataque a Excélsior, en 1962. Era contra una campaña que el Excélsior de aquel tiempo so

tenía contra el sistema ejidal. Claro que comprendo tu pregunta. El Día de aquel tiempo no es el mismo, como ya ha quedado dicho, pero tampoco Excélsior es el mismo. En un sentido, Excélsior parte de lo que ya observábamos. Su relativa independencia le permitía en aquel entonces oponerse a ciertas líneas gubernamentales y en ejercicio de ella atacaba a la reforma agraria que El Día apoyaba como parte del programa gubernamental lopezmateísta. El fenómeno que tú observas es una variante del anterior. Excélsior se permite en la actualidad ridiculizar los aspectos más groseros de las prácticas políticas, lo cual no deja de ser sano, y El Día cree que su misión es sacralizar toda la conducta oficial. Así no se detuvo en convertir a Díaz Ordaz en algo así como en un Benito Juárez, y a los estudiantes en traidores al servicio del duque extranjero (Pepe Revueltas).

FC: Francamente es injusto restarle méritos a un periódico como Excélsior, que desde 1968 demostró que un diario es más fuerte, e influye más en la gente, si mantiene alguna independencia.... es injusto regatear la valentía y la honradez que desde hace unos años viene demostrando Excélsior.

JC: Ya te dije mi opinión en el sentido de que Excélsior tiene la facilidad de equilibrar sus dependencias, por una parte, y por otra, te acabo de decir que no deja de parecerme sano que logre filtrar alguna crítica mediante la habilidad de su cuerpo de redactores: Guillermo Ochoa, Fausto Fernández Ponte, Rodolfo Rojas Zea, Torres Barrón, René Arteaga, y la imaginación de sus directores, con lo cual se logra romper la unidad burcorática que presentan los demás periódicos. No menos importantes me parecen algunos de sus artículos editoriales, como los de Gastón García Cantú, José-Emilio Pacheco y Daniel Cossío Villegas, o los desenfadados escritos de Ibargüengoitia, y desde luego, las caricaturas y reportajes del insustituible Abel Quezada. El contraste que presentan estas firmas con los equipos editoriales de los demás periódicos

organizados a base de funcionarios, policías o sacaplanas anodinos, es evidente. Aunque claro, la base ideológica de Excélsior más o menos evidente, es discutible.

FC: Por lo demás, Excélsior nunca se ha permitido responder a El Día.

JC: Bueno, en esto los directores de Excélsior saben los motivos que tendrán, pero como no tenemos el dato concreto, no nos queda más que atender a los chismes. Dicen que Julio Scherer dice cada vez que El Día le dedica un titular, que no le piensa contestar porque sería tanto como darlo a conocer ante los lectores de periódico?

FC: ¿Cómo piensas resolver tu problema? ¿Piensas quedarte con lo que tú dices que es una maniobra en tó contra?

JC: Bueno, no estoy curzado de brazos. He interpuesto recursos ante las autoridades competentes, pero, como ya convenimos en que los males de la prensa sólo son el reflejo de otros más profundos trataré de resumirte mi experiencia en la Junta Central de Conciliación y Arbitraje: Se declaró incompetente para resolver sobre el asunto, sostenido que yo era un socio cooperativista y no un asalariado, aún después de comprobar que en la propia acta constitutiva de la empresa se establece que para ser socio se requiere suscribir por lo menos un certificado de aportación. Ya te expliqué que ni siquiera existen esos certificados y que el dinero viene ^{de} los amigos de Ramírez, pero la Junta no tuvo empacho en aceptar el "alegato" del abogado de la empresa, que no se midió en mentir diciendo que si yo no había suscrito el certificado, ello significaba que yo era un socio desobligado. Ya interpusé un amparo, que por supuesto no procedió. Aparte, me dirigí hace diez meses a la Secretaría de Industria y Comercio, encargada de controlar el funcionamiento de las cooperativas, dándole a conocer la situación pero a la fecha no he tenido respuesta. No sé

si la actitud de esta dependencia forma parte de la nueva imagen del funcionario y del político a que alude tan reiterada y dramáticamente el Presidente Echeverría, Jefe de la Administración Pública.

FC: Podrías acudir a otros diarios...

JC: Pero entre los directores de periódicos existe un pacto tácito de no publicar nada acerca de los problemas laborales de los demás periódicos: "Perro no come carne de perro"... tú eres testigo de que esta entrevista lleva varios meses en busca de editor, y de que, al paso que vamos, se va a convertir en un libro, debido a que cada vez que se enciende una esperanza de publicación tenemos que agregarle dos cuartillas a efecto de "actualizarla", es decir, agregarle nuevas dosis de rencor. Por ahora déjame hacerte a tí una pregunta: ¿ No te parece que una entrevista como ésta cae en trampas y formas amañadas que de alguna manera estamos criticando?

FC: Es que todo periodismo tiene una intención ⁿprevia. Los presidentes graban sus entrevistas previamente en la televisión; la juzgan, cortan, editan y eligen lo mejor, o lo que consideran ^{lo}mejor, porque acuérdate de la última comparecencia de Díaz Ordaz. Es célebre la gran organización teatral de De Gaulle, como ejemplo de cosas bien hechas. No veo entonces por qué los periodistas, que son quienes dan ese escenario a los políticos, no puedan decir lo que piensan y organizarlo en la forma en que más les convenga. Una vez la revista Time interrogó a varios sabelotodos, entre ellos Marshall McLuhan, sobre el futuro de los medios de comunicación. McLuhan sostenía que la fuerza de las tesis de Marx sobre los trabajadores era que éstos son los creadores de la riqueza y cuando se dan cuenta de que ellos crean esa riqueza, quieren apoderarse de ella. Así, los trabajadores subordinados que crean la noticia, que hacen posible los medios informativos (reporteros, camarógrafos, editorialistas, tipógrafos) también quie-

ren apoderarse de sus periódicos. Los periodistas quieren quitar a sus directores, quieren apoderarse de lo que ellos han creado, recogido, incluso con riesgo de su vida. Si ese fenómeno se sigue extendiendo acabará con los grandes monopolios de la prensa, y no precisamente en los términos de Spiro Agnew. En 1968, los reporteros de El Día, que obtenían su información bajo las balas, se enfrentaron a Ramírez y Ramírez y Ramírez porque el hijo de éste, sin sudar ni acongojarse, hacía las notas definitivas adelantando las que traían los muchachos del "frente".

~~Creo que aunque esto se llegara a publicar no tendría mucho sentido.~~

JC: ^{Por eso son}

que pocos son los mexicanos que leen una nota, un artículo, un reportaje completos...

JCN: Porque están harots de leer mentiras; hay que hacer algo para devolverle al mexicano la necesidad de crítica, el interés por conocerse.

FC: ¿ No te parece que estás pontificando?

JC: ^{ES} Es que en nuestra realidad no hay más pontífices que los boletines oficiales. Es posible que estemos especulando en el vacío, pero es la única forma de decir las cosas. Cassius Clay, en una entrevista, reconoció que él no creía en muchas de sus poses y aceptó que éstas no eran más que recursos publicitarios. Interrogado sobre si esa propaganda no le parecía exagerada, respondió: "No, la del presidente Nixon es mucho más exagerada". A la mayoría le llega más una revista como Alarma (tira 800 mil ejemplares) y, en realidad, desgraciadamente, una publicación como ésta le dice más a la gente, o le dice alguna forma de verdad más cercana a ellos, o les convence más que un discurso de Martínez Domínguez o un editorial oficialista del popular comentarista de El Día Carlos Federico Cabrera...

FC: Que a lo mejor escribe para al menos provocar la rabia y el vómito de algún joven lector...